

tas, decidores, sueltos y nada cortos de lengua. Cantores, ni por asomo; hablan en sus poemas como en sus crónicas: tal es su fuerte. Son los primeros que han escrito la canción de Roldán, amén de una multitud sobre Carlomagno y sus pares, sobre Arturo y Merlin, sobre los griegos y los romanos, sobre el rey Horn, sobre Guy de Warwick, sobre todo principe y todo pueblo. Sus *troveros*, como sus caballeros, cosechan á dos manos en el suelo galés, en el franco, en el latino, y se lanzan por Oriente y Occidente al vasto campo de las aventuras. Hablan á la curiosidad como los sajones hablaban al entusiasmo, y deslían en sus largas narraciones claras y fluidas los vivos colores de las tradiciones germanas y bretonas: batallas, sorpresas, combates singulares, embajadas, discursos, procesiones, ceremonias, cacerías, diversidad de sucesos entretenidos, he ahí lo que pide su imaginación ligera y vagabunda. Al principio, en la canción de Roldán, se contiene todavía; anda á paso largo, pero no hace más que andar. Pronto le nacen las alas; se multiplican los incidentes; pululan los gigantes y los monstruos; desaparece la verosimilitud; la canción del juglar toma las proporciones de poema en manos del trovero, y éste hablaría, como el viejo Nestor, cinco y hasta seis años seguidos, sin cansarse ni detenerse. Cuarenta mil versos no son mucho para satisfacer su locuacidad: espíritu fácil, afluente, curioso, novelero, tal es el genio de la raza; los galos, sus padres, paraban á los viajeros en los caminos para que les contasen noticias, y se preciaban, como ellos, « de batirse bien y hablar deleitosamente ».

Al par que los poemas caballerescos, tienen la caballería en primer término, claro es, porque son robustos, y un hombre fuerte gusta probar su fuerza

aporreando al prójimo; pero también por afán de renombre y por pundonor. Esta sola palabra, el honor, ha transformado todo el espíritu de la guerra. Los poetas sajones la pintaban como un furor mortífero, como una locura ciega que estremecía la carne y la sangre y despertaba los instintos de la fiera rapaz; los poetas normandos la describen como un torneo. La nueva pasión que introducen en ella es la vanidad y la galantería; Guy de Warwick derriba á todos los caballeros de Europa por merecer la mano de la severa y desdeñosa Felisa. El torneo mismo no es más que una ceremonia, algo brutal, sin duda, puesto que se trata de romper brazos y piernas, pero brillante y francesa; hacer alarde de destreza y de valor, ostentar la magnificencia del vestido y de las armas, ser celebrado y agradar á las damas, son sentimientos que indican hombres más sociales, más sumisos á la opinión, menos concentrados en la pasión personal, exentos de la inspiración lírica y de la exaltación salvaje, dotados de otro genio, puesto que se inclinan á otros placeres.

Esos son los hombres que á la sazón desembarcaban en Inglaterra para importar nuevas costumbres y un nuevo espíritu, francés en el fondo y en la lengua, aunque con caracteres propios y provinciales: hombres positivos si los hubo, atentos al lucro, calculadores, con los nervios y el arranque de nuestros soldados, pero con astucias y precauciones de procuradores; corredores heroicos de aventuras provechosas, que habían viajado por Sicilia y por Nápoles, y estaban dispuestos á viajar por Constantinopla y Antioquia, pero para tomar el país ó traer dinero; políticos sutiles, acostumbrados en Sicilia á alquilar su valor al mejor postor, y capaces de dedicarse á hacer negocio

en lo más recio de la cruzada, á ejemplo de su Bohemundo que, delante de Antioquía, especulaba con la penuria de sus aliados cristianos, y no les abría la ciudad sino á condición de conservarla para él; conquistadores metódicos y perseverantes, expertos en la administración y fecundos en papeleo, como aquel Guillermo que había sabido organizar tal expedición y tal ejército, que tenía escrita la lista de él, y que iba á hacer el catastro de toda Inglaterra en su *Domesday-book*: diez y seis días después del desembarque se vió en Hastings sensiblemente el contraste de las dos naciones.

Los sajones «comieron y bebieron toda la noche. Habíais de verlos bullir, saltar y cantar», con la algazara más estrepitosa (1). Por la mañana, apiñaron detrás de sus empalizadas las masas compactas de su pesada infantería, y, con el hacha colgada al cuello, esperaron el ataque. Los normandos, hombres prudentes, pensaron en la alternativa del paraíso y del infierno, y quisieron poner á Dios de su parte. Y así como á ellos no les turbaba el ánimo de inspiración guerrera, tampoco alteraba á Roberto Wace, su historiador y compatriota, la inspiración poética; en visperas de la batalla conserva el espíritu tan prosaico y tan lúcido como ellos (2). Ese espíritu apareció tam-

(1) Roberto Wace, romance de *Rollo*.

(2) Et li Normanz et li Franceiz
Tote nuit firent oreisons,
Et furent en afficions.
De lor péchiés confèz se firent
As proveires les regehirent,
Et qui n'en ont proveires prèz,
A son veizin se fist confèz,
Pour ço ke samedi esteit
Ke la bataille estre debveit.
Unt Normanz a promis e voé,

bien en la batalla. Eran en su mayoría arqueros y jinetes, buenos maniobreros, diestros y ágiles. Taillefer el juglar, que solicitó el honor de acometer el primero, iba cantando como verdadero voluntario francés y haciendo juegos de destreza (1). Ya delante de

Si con li cler l'orent loé,
Ke à ce jor mez s'il veskeient,
Ohar ni saunc ne mangerient.
Giffrei, éveske de Constances,
A plus ors joint lor pénitances.
Cli reçut li confessions.
Et dona li béneçons.

- (1) Taillefer ki moult bien cantout
Sur un roussin qui tot alout,
Devant li dus alout cantant
De Karlemaine e de Rolant,
E l'Oliver et des vassals.
Ki morurent à Roncevals.
Quan ils orent chevalchié tant
K'as Engleis vindrent aprismant:
«Sires, dist Taillefer, merci
Jo vos ai longuement servi.
Tout mon servise me debvez,
Hui, si vos plaist, me le rendez;
Por tout guerredun vos requier,
Et si vos voil forment preier,
Otreiez-mei, ke jo n'i faille,
Li primier colp de la bataille.»
Et li dus répont: «Je l'otrei »
Et Taillefer point à desrei;
Devant toz li altres se mist,
Un Englez féri, si l'ocist.
De sos le pis, parmie la pance,
Li fist passer ultre la lance,
A terre estendu l'abati.
Poiz trait l'espée, altre féri.
Poiz a crié: «Venez, venez!
Ke fetes-vos? Férez, férez!»
Donc l'unt Englez avironé,
Al secund colp k'il ou doné.

ROBERTO WACE.

los ingleses, arrojó al aire por tres veces su lanza y su espada, volviendo á cogerlas siempre por el puño; y los pesados infantes de Haroldo, que no sabían más que partir á hachazos las armaduras, «se maravillaban, diciendo el uno al otro que aquello era cosa de encantamento». En cuanto á Guillermo, entre una porción de acciones prudentes ó ladinas, hizo dos buenos cálculos que en aquel gran aprieto le sacaron de apuros. Mandó á sus arqueros que tirasen al aire; sus flechas hirieron en la cara á muchos sajones, y saltaron un ojo á Haroldo. En esto fingió huir; los sajones, ebrios de júbilo y de ira, abandonaron las trincheras y se entregaron á las lanzas de sus caballeros. Durante el resto de la guerra, no supieron más que salir en pequeñas partidas, combatir furiosamente y dejarse matar. La raza fuerte, fogosa y brutal, se precipita sobre el enemigo á la manera de un toro bravo; los hábiles cazadores de Normandía la hieren con destreza, la derriban y la ponen el yugo.

III

¿Qué es, pues, esa raza francesa que, con las armas y las letras, hace tan brillante entrada en el mundo, y va á dominar de un modo tan visible que, en Oriente, v. gr., se dará su nombre de francos á todos los pueblos de Occidente? ¿En qué consiste ese nuevo espíritu, inventor precoz, obrero de toda la civilización de la Edad Media? Hay en cada espíritu una acción elemental que, incesantemente repetida, compone su trama y le da su sello: en la ciudad ó en los campos,

culto ó inculto, niño ó viejo, pasa su vida y emplea su fuerza *en concebir un hecho ó un objeto*; he ahí su paso original y perpetuo, y por más que cambie de terreno, por más que retroceda, avance, prolongue y varíe su curso, todo su movimiento se reduce á una serie de pasos así, enlazados unos con otros; de suerte que la menor alteración en la magnitud, la prontitud ó la seguridad del que dió primitivamente, transforma y rige toda la carrera, como la estructura del primer botón de un árbol dispone todo el follaje y gobierna toda la vegetación (1). Cuando el francés concibe un hecho ó un objeto, le concibe pronto y *distintamente*; nada de alteraciones interiores, nada de fermentaciones previas, de ideas violentas y confusas que, concentradas y elaboradas al fin, hacen explosión en un grito. Los movimientos de su inteligencia son diestros y prontos como los de sus miembros; á la primera vez, y sin esfuerzo, pone mano en su idea. Pero no pone mano más que en ella; deja á un lado todas las profundas prolongaciones enmarañadas mediante las cuales penetra y se ramifica en sus afines; no se preocupa de ellas: desgaja, coge, desflora, y nada más. Está privado, ó, si se quiere, está exento de esas semivisiones repentinas que, sacudiendo al hombre, le abren en un momento las grandes profundidades y las perspectivas lejanas. La conmoción interior es la que suscita las imágenes; por falta de ella, no imagina. No se impresiona más que á raíz de la piel; le falta la gran simpatía; no ve el objeto tal y como es, complejo y de una ojeada, sino por partes, con un conocimiento discursivo y superficial. Por eso ninguna raza de Europa es

(1) Esta idea de los tipos se aplica á toda la naturaleza física y moral.